



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

NEUMATOLOGÍA

EXPONE

• Esteban Beitze •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 3

III. El hombre ante la obra del Espíritu Santo

1. La blasfemia contra el Espíritu Santo
2. El Espíritu Santo apagado y contristado
3. El andar en el Espíritu Santo
4. Ser llenos del Espíritu Santo
5. El fruto del Espíritu Santo
6. El don del Espíritu Santo

III. El hombre ante la obra del Espíritu Santo

1. La blasfemia contra el Espíritu Santo

Si hay algo en esta vida con lo que Dios no es flexible es con el pecado. Basta con abrir en cualquier libro del Antiguo Testamento para ver Su respuesta a la desobediencia del hombre. Dios castiga la maldad humana con una justicia absoluta e inevitable. Es natural que nos sorprenda. Nuestras culturas se caracterizan por la tolerancia y la laxidad a la hora de juzgar la maldad. Aunque podemos ver una deficiencia y dejadez en muchas cosas, como a la hora de educar a nuestros hijos y corregirlos.

Sin embargo, no hay lugar para la maldad delante de Dios. El pecado es un delito que merece ser castigado. En Éxodo 20:5, Dios advierte acerca de las consecuencias de la maldad, la cual puede atravesar varias generaciones: *“Yo soy Jehová tu Dios [...] que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen”*.



Podemos ver claramente que Dios castigará a todo aquel que continúe con el pecado de sus padres, es decir, de “todos aquellos que lo aborrecen”. A veces creemos que el malo ha salido impune, sin embargo, podemos confiar en las palabras de Proverbios 11:21: “... *tarde o temprano el malo será castigado*” o Isaías 13:11: “... *castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes*”. También dice en Jeremías 30:11: “... *de ninguna manera te dejaré sin castigo*”. Dios no pasará por alto la maldad. En el Antiguo Testamento podemos ver que se aplicaban medidas punitivas que podríamos hoy considerar crueles, pero que, sin duda, reflejaban la perdición eterna que conlleva la desobediencia a Dios.

Sin embargo, todo cambia ante la aparición de Jesús, quien expresa el amor de Dios a través del perdón: “*Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia*” (Jer. 31:3). Jesús abre el camino para la salvación y la vida eterna. Su venida fue la máxima expresión de amor del Padre: “... *de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*” (Jn. 3:16). La frase “*ha dado a su Hijo unigénito*” contiene en sí misma un sacrificio del Padre, con el fin de que su Hijo se sacrificara en la cruz para darnos la salvación. Este es el máximo acto de misericordia, compasión y gracia en la historia del universo. Luego de la ley rígida del Antiguo Testamento, comienza una era de amor y gracia divina en la persona de Jesús, quien abrió el camino al Padre, nos brindó el perdón por nuestros pecados y nos dio vida eterna a todos aquellos que lo recibimos por fe.

No obstante, esto no hace la vida más sencilla. Todo es más exigente, pues no se ha abandonado el castigo divino a los malos, sino que se ha sumado a ello la promesa del castigo eterno en el infierno, un lugar de interminable tormento. Jesús mismo advirtió al respecto: “*Allí habrá llanto y crujir de dientes cuando vean en el reino de Dios a Abraham, Isaac, Jacob y a todos los profetas, mientras a ustedes los echan fuera*” (Lc. 13:28); “*Luego dirá a los que estén a su izquierda: ‘Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles’*” (Mt. 25:41). Esta es la razón por la cual insistía en el arrepentimiento y la fe: “*Arrepentíos, y creed en el evangelio*” (Mc. 1:15); “... *todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente*” (Jn. 11:25).

A causa de esta diferencia entre el Antiguo y Nuevo Testamento es que nos llama la atención la enseñanza acerca del pecado imperdonable. ¿Existe un pecado que quita a las personas la posibilidad de ser redimidas? ¿No es acaso Jesús capaz de perdonar todos los pecados? ¿No lo hace esto menos misericordioso?

Existen dos pasajes del Nuevo Testamento donde se menciona la “blasfemia contra el Espíritu Santo”: Mateo 12:22-32 y Marcos 3:22-30, sin embargo, estos nos son los únicos pasajes que hablan de este pecado. Los textos de Mateo y Marcos son paralelos, pues relatan un mismo hecho: un hombre poseso por un demonio que provocaba en este ceguera y mudez. El Señor expulsa al demonio,



devolviéndole al hombre la vista y el habla. Al ver la sanidad de Jesús, los fariseos atribuyeron la expulsión del demonio a Beelzebú, príncipe de los demonios (v. 24). Jesús respondió que su poder provenía del Espíritu Santo (v. 28) y aclaró “... *el que hable contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero*” (v. 32). El pasaje de Marcos agrega algunas cosas: “*De cierto os digo que todos los pecados y las blasfemias, cualesquiera que sean, les serán perdonados a los hijos de los hombres; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno*” (vv. 28 y 29).

Frente a esto surge una pregunta crucial: ¿por qué las blasfemias contra Cristo y el Padre pueden ser perdonadas, pero no la blasfemia contra el Espíritu Santo?

En los pasajes citados se nos cuenta que los fariseos habían quedado atónitos al ver el milagro de Cristo al devolver la vista y el habla al endemoniado. Era evidente que el poder de Dios estaba con Él. Podemos ver el mismo asombro en Lucas 7:16, cuando Jesús resucita al hijo de la viuda de Naín: “... *todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios diciendo: un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo*”.

Los fariseos rechazaban a Jesús por varias razones basadas en sus conveniencias, como cuenta el apóstol Juan luego de que Jesús devolviera la vida a Lázaro. Los fariseos se reunieron en el Concilio y dijeron: “*¿Qué haremos? Pues este hombre hace muchas señales. Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación*” (Jn. 11:47, 48).

El interés de los fariseos era impedir que el pueblo judío creyera en Jesús como el Mesías prometido. La noción del Mesías en ese tiempo tenía un tinte revolucionario, pues consideraban que venía con el fin de liderar una última revuelta que expulsara al Imperio romano. Esto preocupaba a las autoridades religiosas de Israel, quienes temían una represalia por parte de Roma.

Pedro dio testimonio del poder del Espíritu Santo en Jesús en Hechos 10:38: “*Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y [...] este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*”.

Los milagros de Jesús evidenciaban el poder que tenía para sanar y echar fuera demonios. En general, esto hacía que las personas glorificaran a Dios. Un ejemplo de esto se encuentra en Lucas 5:25-26, luego de que Jesús sanara a un paralítico: “*Al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba acostado y se fue a su casa glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios. Llenos de temor, decían: —Hoy hemos visto maravillas*”. Aunque el texto no lo dice, es válido pensar que el término “todos” resulta una hipérbole, pues difícilmente los escribas y fariseos que se encontraban allí hayan tenido tal actitud de humildad. Ellos no aceptaban a Jesús como profeta o maestro, menos aún como Mesías.

No obstante, los milagros habían sido hechos a la vista de todos, por lo que la única manera de



desacreditarlo era atribuirle los actos sobrenaturales de Jesús a una fuente maligna, Beelzebú (*Baal-zibbul* ‘Señor de las moscas’ o ‘Señor del estiércol’, o tal vez una referencia a Baal-zebud, ídolo filisteo).

No obstante, todos los casos están identificados con Satanás) y no al Espíritu Santo. Estaban empecinados en que Jesús no había sido enviado por Dios. Era tal el rechazo y la negación que acudieron a lo más bajo que un religioso puede llegar: la blasfemia: llamar Beelzebú al Espíritu Santo.

Esta actitud de los filisteos aparece más tarde en el Talmud, la obra judía que recoge las discusiones rabínicas sobre la ley, las tradiciones y las costumbres, entre otras cosas. Allí puede leerse lo siguiente: “En la víspera de la pascua colgaron a Yeshu (de Nazaret) y el heraldo estuvo yendo delante de él durante cuarenta días, diciendo que (Yeshu de Nazaret) habría de ser apedreado por haber practicado la hechicería y haber engañado y descaminado a Israel”. No solo atribuyeron poder demoníaco a sus milagros, sino también a sus enseñanzas, como en el caso de algunos judíos que optaron por tomar esta misma actitud: “*Demonio tiene y está fuera de sí. ¿Por qué lo oís?*” (Jn. 10:20). En esa ocasión, fueron otros judíos los que respondieron con sabiduría: “*Estas palabras no son de endemoniado. ¿Puede acaso el demonio abrir los ojos de los ciegos?*” (Jn. 10:21). Sin duda, esos milagros solo podían venir de parte de Dios.

Dicho todo esto, ¿cuál es el ministerio del Espíritu Santo? Antes de su crucifixión, Jesús dijo a sus discípulos que Él se iría con el Padre, pero enviaría al Espíritu Santo en su lugar, con un propósito específico: convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). El Espíritu Santo tiene la tarea de evidenciar la verdad de Dios, persuadir acerca del pecado de incredulidad, mostrar el propósito de Cristo al morir a nuestro favor para abrirnos la puerta a la salvación y alertar acerca del castigo eterno de los pecadores: “*De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado*”.

En síntesis, el Espíritu Santo es quien persuade y da convicción de pecado, mostrando la salvación en Cristo y la condenación para aquellos que lo rechacen. La salvación solo puede alcanzarse por medio del arrepentimiento: “*... si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente*” (Lc. 13:3). Sin arrepentimiento no hay perdón.

Los fariseos gozaron de la oportunidad de aceptar el plan de salvación de Dios, lo que implicaba un obrar del Espíritu Santo en sus corazones, pero estos resolvieron desecharlo. Por lo tanto, como dice Juan 3:19: “*Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*”.

Las personas pueden resistir al accionar del Espíritu Santo de convencer de pecado, justicia y juicio. Esta resistencia es en sí misma una blasfemia contra el Espíritu Santo. La blasfemia al Espíritu Santo se configura una vez que se rehúsa recibir el testimonio de Dios por parte del Espíritu de Dios, de que Jesús es el Hijo de Dios y Salvador del mundo.



2. El Espíritu Santo apagado y contristado

En las Escrituras, la palabra “apagar” tiene la misma connotación que en el español: reprimir el fuego. Los creyentes son exhortados a vestir la armadura de Dios de Efesios 6. Uno de los accesorios de esta armadura es el escudo de la fe, del cual dice: *“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno”* (v. 16). En este caso, la armadura de Dios apaga el fuego del maligno. Sin embargo, existe otro fuego que mora en nosotros, el cual no debemos apagar: el Espíritu Santo. Él fuego del Espíritu es el que guía nuestras acciones. En este caso, cuando no vestimos la armadura de Dios, dejando de lado la verdad, la justicia, renunciando a la predicación del evangelio, desfalleciendo en nuestra fe, dudando de nuestra salvación, relegando la Palabra de Dios, abandonando la oración y la intercesión, y dejando de perseverar y obedecer a Dios, nuestro escudo es el del maligno, el cual apaga el fuego del Espíritu Santo que hay en nosotros. De esa manera no permitimos que el Espíritu de Dios obre con libertad en nuestras vidas.

Como ya vimos a lo largo de este material, el Espíritu Santo es una persona provista, entre otras cosas, de emociones. Esta es la razón por la que las Escrituras utilizan el término “contristar”, pues solo una persona puede ser contristada. La tercera persona de la divinidad tiene personalidad y es capaz de experimentar emociones. Como personas podemos comprender esta emoción, pues también la experimentamos a veces. Efesios 4:30 dice que no debemos “contristar” al Espíritu: *“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”*. Este pasaje de Efesios nos muestra la manera en que contristamos al Espíritu Santo: al vivir como paganos: *“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón; los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza”* (vv. 17-19). Al mentir: *“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”*. (v. 25). Al mantener nuestra ira: *“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo”* (vv. 26 y 27). Al robar: *“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”* (v. 28). Al maldecir: *“Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”* (v. 29). Al amargarnos: *“Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia”* (v. 31). Al ser rencorosos: *“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”* (v. 32).



Al cometer inmoralidad sexual: *“Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necesidades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”* (5:3-5). Por lo tanto, contristar al Espíritu Santo es actuar en contra a los pensamientos de Dios, con pecado, así sea de pensamiento, de hechos o ambos.

Apagar y contristar el Espíritu pueden considerarse sinónimos en las Escrituras: se trata de vivir fuera de la voluntad divina, dejando de crecer en santidad. El camino del Espíritu Santo es el camino de la santidad, la piedad y la pureza, lo cual no puede mezclarse con los deseos pecaminosos de la carne. En definitiva, contristar o apagar al Espíritu es rechazar su guía. Su tristeza proviene de Su amor por nosotros, por el daño que nos hacemos al pensar o actuar de manera pecaminosa.

3. El andar en el Espíritu Santo

Gálatas 5:16 dice: *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”*. Andar en el Espíritu es vivir en libertad, lejos del materialismo, el racismo, la vanidad, la culpa, la insatisfacción, la vergüenza, entre otras cosas.

En una traducción más literal del pasaje de Gálatas, deberíamos tener en cuenta la doble negación *ou me* ‘no nunca’: *“Andad en el Espíritu, y de ningún modo [o jamás nunca] haréis los deseos de la carne”*.

Lo contrario de andar en el Espíritu es hacer los deseos de la carne, es decir, vivir según lo dictado por la sociedad o por nuestros propios deseos, sin tomar en cuenta la voluntad divina. La palabra griega para “carne” es *sarx*, término que hace referencia a la naturaleza corrupta del hombre, diferenciada así del hombre espiritual y renovado. Un sinónimo de *sarx* (carne) es *psuchikos* ‘vivir dominado por los sentidos’, es decir, el *carpe diem*, el desinterés por las cosas futuras, exaltando lo sensual, los deseos ilícitos y la impureza.

William Barclay dice que la palabra *sarx* “... es aquello en lo que el hombre ha aceptado convertirse, opuesto a lo que Dios quería que fuese. La carne representa el efecto total sobre el hombre de su propio pecado, el de sus padres y el de toda la gente que le ha precedido. La carne es la naturaleza humana debilitada, viciada, contaminada por el pecado. La carne es la naturaleza del hombre que no tiene a Jesucristo y a su Espíritu”.

Gálatas 5:13 nos exhorta a no vivir en la carne: *“Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros”*. El Señor nos ha hecho libres, sin embargo, utilizar nuestra libertad para nuestros deseos carnales



solo produce dolor y miseria. Contrario a esto, debemos utilizar la libertad para andar en el Espíritu.

Andar en el Espíritu Santo es andar con Dios. Es aprovechar la libertad que se nos fue dada gracias a la obra de Cristo. La Biblia nos invita a caminar con el Espíritu, aunque hoy día muchos cristianos prefieren tan solo experimentarlo. El caminar con el Espíritu es un acto constante, y no un tiempo de experimentación esporádica, como si se tratara de una inyección de adrenalina. Aunque no está mal experimentar tal cosa, si proviene de Dios, de nada sirve si no caminamos con Él. No obstante, debemos dejar algo en claro, la santificación solo es posible si caminamos con Dios. Debemos evitar enfatizar de manera exagerada las experiencias con el Espíritu y concentrar todo el tiempo que podamos en discipular a las personas, enseñándoles a caminar con el Espíritu de Dios. Se trata de un proceso, no de una experiencia puntual. Es la vida que se experimenta cuando somos guiados por el Espíritu de Dios, en una comunión íntima con el Padre y en plena obediencia a sus mandamientos. Cuando ponemos las experiencias con el Espíritu por encima del nuestro andar con Él, dejamos que la carne siga manteniendo el control, convirtiéndonos así en cristianos carnales.

Andar en el Espíritu es dejar que la Palabra de Dios, entendida gracias a la intervención del Espíritu Santo dirija nuestra vida.

La palabra griega para “andad” es *peripatéo*, la cual es un sinónimo de “vivir” o “conducirse”. En el hebreo se utiliza para esto la palabra *halak* ‘caminar’ o ‘conducirse en la vida’. Sin embargo, podemos leer en el texto de Gálatas la palabra *peripateite*, un verbo en presente imperativo que indica seguir cometiendo la acción. Dicho de otra manera, los gálatas debían seguir andando en el Espíritu durante toda su vida.

Sin duda, andar en el Espíritu es luchar contra la carne por medio de la obediencia a Dios.

Pablo aconseja esto a los gálatas por una razón, expresada en Gálatas 5:15: *“Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros”*. Se trataba de una iglesia con problemas en la comunión, con falta de amor fraternal. Pablo les enseña acerca de este amor, el cual solo se puede ofrecer si andamos en el Espíritu. Unos de los problemas actuales más serios en las iglesias es la falta de amor fraternal, sin embargo, podemos decidir andar en el Espíritu. Hagamos un buen uso de nuestra libertad en el Señor, sometiéndonos a Dios y dejándonos guiar por Su Palabra, la cual es iluminada por el Espíritu Santo.

4. Ser llenos del Espíritu Santo

Efesios 5:18 dice: *“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu”*. A diferencia del bautismo del Espíritu, la llenura puede ocurrir muchas veces en la vida del cristiano, pero además es algo que debemos buscar y a lo cual somos exhortados, como podemos ver



en el pasaje de Efesios.

Jesús dijo en Hechos 1:8: *“Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”*. Podemos pensar que el Señor se refería a la llenura que recibirían los discípulos cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos.

Además, debemos aclarar que todos los creyentes pueden ser llenos del Espíritu Santo. La palabra “sed llenos” es *pleroo*, un verbo en el presente imperativo que hace referencia a estar saturados hasta el tope de algo. La idea es la de ser completamente controlados o dominados (guiados) por el Espíritu Santo, sin perder de vista quiénes somos y qué hacemos. En Hechos 2:2 se utiliza la forma pasiva indicativa *pletho*, que tiene que ver con “haber sido lleno”. El apóstol Pablo hace una comparación entre el efecto del vino (del alcohol en general) y el efecto del Espíritu Santo. Una persona alcoholizada es controlada por el alcohol, este maneja sus acciones y su conducta, llevándolo a la contienda (disolución).

Así como sucede con el vino y la persona ebria, el Espíritu Santo controla la vida del nacido de nuevo, guiando sus acciones y conducta, pero con resultados distintos a los producidos por el alcohol, pues en vez de llevarlo a la disolución, lo conduce a una vida en victoria y santidad.

Solo aquellos que han nacido de nuevo, por lo que habita el Espíritu Santo en sus vidas, pueden ser llenos de Él.

La llenura del Espíritu Santo actúa en la vida del creyente de manera “normal” o “especial”. La palabra traducida “sed llenos” lleva consigo la idea de algo continuo, pues la llenura requiere constancia.

La llenura normal es la que necesita todo creyente para vivir una vida victoriosa. Esta llenura tiene que ver con la madurez del cristiano. Algunos creyentes dejaron de buscar en su vida la llenura del Espíritu Santo y se quedaron como niños en la fe. Estos creyentes no son maduros, y de mantenerse en esa situación, se vuelven carnales. Esta llenura se alcanza al dejarse guiar por el Espíritu Santo a través de la oración y la Palabra de Dios. En Hechos 6:2-3, cuando los apóstoles vieron la necesidad de elegir diáconos para servir las mesas de los necesitados, buscaron hombres “llenos del Espíritu Santo”. El hecho de que los apóstoles pusieran como condición que estos hombres fuesen llenos del Espíritu Santo, nos da a entender dos cosas: en primer lugar, lo importante que era para ellos ser llenos del Espíritu y, en segundo lugar, que no todos cumplían con esta condición. Por lo tanto, podemos confirmar que no todos los creyentes están llenos del Espíritu Santo, dicho de otro modo, no todos los nacidos de nuevo son espiritualmente maduros. Los apóstoles querían varones que estuvieran viviendo una vida llena del Espíritu Santo, y no todos los creyentes tenían esta condición. Una persona llena del Espíritu produce los frutos mencionados en Gálatas 5:22-23: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”*.



La Biblia dice que Jesús fue lleno del Espíritu Santo y luego venció la tentación (Mateo 3:16- 4:11). Santiago 1:12 dice: *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”*. La corona de vida viene después de haber vencido la tentación, pero el vencer la tentación solo es posible si estamos llenos del Espíritu Santo. Nuestra lucha es espiritual. La Biblia dice que Cristo fue tentado como hombre, al igual que lo somos cada uno de nosotros (Hebreos 4:15). Por lo tanto, al igual que Jesús, podemos soportar la tentación si estamos llenos del Espíritu de Dios.

Además, la llenura es fundamental para discernir las falsas doctrinas. Si crecemos en el conocimiento de la Palabra de Dios y somos llenos del Espíritu Santo, seremos capaces de separar lo verdadero de lo falso. Pablo en Éfeso fue capaz de discernir que un hombre estaba lleno del Espíritu Santo. Los falsos profetas y maestros tuercen las enseñanzas bíblicas para defender sus falsas doctrinas. Es necesario estar llenos del Espíritu Santo para discernir y exponer estas enseñanzas. Esto es lo que hizo Satanás al tentar a Jesús, torcer las Escrituras para engañarlo. Si estamos llenos del Espíritu Santo no caeremos en las mentiras del enemigo. Aunque el diablo se disfrace de ángel de luz, podremos identificarlo y revelar su engaño.

Existe, además, una llenura especial del Espíritu que tiene que ver con una fuerza o preparación específica dada al creyente para realizar una tarea o atravesar una situación difícil. Una fuerza o preparación que es dada por medio del poder del Espíritu Santo. Esta llenura del Espíritu viene muchas veces sobre los creyentes para predicar con denuedo el mensaje del evangelio en circunstancias hostiles. Pedro fue lleno del Espíritu Santo el día de Pentecostés para predicar a la multitud el evangelio, también lo fue en Hechos 4:8 para hablar a los gobernantes y ancianos de Jerusalén en el comienzo de la persecución de los cristianos: *“Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Gobernantes del pueblo, ancianos de Israel...”*. Las palabras de Pedro en este caso lo llevaron, junto a Juan, a ser expuesto ante el Concilio para ser amenazado, con el fin de que no predicara de Jesús. Cuando Pedro y Juan fueron puestos en libertad, contaron a los demás creyentes todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho. Luego de esto, todos se propusieron orar, y en ese momento fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con denuedo la Palabra de Dios.

Esteban era un hombre lleno del Espíritu Santo cuando fue escogido como diácono, esta es la primera acepción, era maduro en la fe, sin embargo, también fue lleno de manera especial. Leemos en Hechos 6:8 que Dios hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo por mano de Esteban, al punto de ver la gloria de Dios en el mismo momento en que lo apedreaban hasta darle la muerte: *“Puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios y dijo: He aquí veo los cielos abiertos y a al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios”* (Hch. 7:55).



Este siervo de Dios era capaz de perdonar a quienes le estaban quitando la vida. Muchos momentos en nuestra vida como creyentes se pondrán difíciles: persecución, pruebas, dificultades, tentaciones, etc., y necesitaremos la llenura del Espíritu Santo para salir victoriosos. Así como sucedió con Esteban, podemos ser llenos del Espíritu cuando nos enfrentemos con la adversidad.

Todo cristiano debe buscar ser lleno del Espíritu Santo. Sin embargo, ¿cómo podemos ser llenos? Esto se hace a través de la comunión con Dios: *“Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”* (Ef. 5:20). Por la comunión con los hermanos: *“Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales”* (v. 19). Y por medio de la unidad y el orden del cuerpo de Cristo: *“Someteos los unos a otros en temor de Dios”* (v. 21).

5. El fruto del Espíritu Santo

Gálatas 5:22-23 dice: *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”*. El fruto del Espíritu hace referencia a la propia esencia de la vida cristiana. Aunque leamos en Gálatas esta lista de nueve aspectos de este fruto, debemos verlo de manera integral. El fruto del Espíritu nos muestra cómo debemos vivir para Dios. Dios ya nos ha dado el mejor ejemplo en Jesucristo: todo el fruto del Espíritu Santo estaba presente en Él. Visto de otra forma, el fruto del Espíritu es la vida de Jesucristo en nosotros la cual es posible por el poder del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios para mostrarnos a Jesús, podemos comenzar a reflejar estas características en nuestra vida.

Como dice Juan 15:1-11, el fruto solo puede vivir si está prendida a la Vid. Es por esto por lo que es tan importante permanecer en Jesús. Fuera de Él no podemos dar ningún fruto espiritual. En Juan 15:1-11, Jesús nos dice que el dar fruto es el resultado de vivir prendida a la Vid, a Cristo: *“Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, los echan en el fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y*



vuestro gozo sea completo". Nuestra responsabilidad como hijos de Dios es permanecer en Cristo. Estamos llamados a reflejar el carácter de Cristo. De esto se trata precisamente el fruto del Espíritu, del Espíritu Santo reflejando en nosotros el carácter de Jesús. En palabras del Señor en Mateo 7:17-18: *"Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos"*. Si estamos con Jesús nuestro fruto será bueno, pues será el fruto del Espíritu Santo. De esa manera nuestro carácter es transformado para reflejar el carácter de Jesucristo en cada faceta de nuestra vida.

6. El don del Espíritu Santo

La palabra "don" hace referencia a una habilidad conferida por el Espíritu Santo para edificar la iglesia y glorificar a Dios: *"Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere [...]. Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para edificación de la iglesia"* (1 Co. 12:11, 14:12). No obstante, en el relato de Hechos 2 esta palabra tiene otro sentido: *"Al oír esto, conmovidos profundamente, dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: 'Hermanos, ¿qué haremos?'. Entonces Pedro les dijo: 'Arrepiéntanse y sean bautizados cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados, y recibirán el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para ustedes y para sus hijos y para todos los que están lejos, para tantos como el Señor nuestro Dios llame"* (Hch. 2:37-39).

¿Qué significado tiene entonces el don del Espíritu Santo en este pasaje? Es fácil notar que el sustantivo "don" está en singular y no en plural, como vimos en los versículos anteriores. Por lo tanto, parece no estar hablando de los dones espirituales, sino de un don o regalo especial.

La frase "don del Espíritu Santo" está en un modo griego particular llamado genitivo apositivo o explicativo, por lo tanto, tiene la función de explicar algo del sustantivo, ampliando su significado. Es decir, en el idioma original esto se comprende de la siguiente manera: "y recibirán el don que es el Espíritu Santo mismo".

Pedro predicaba el evangelio a personas que preguntaban cómo podían ser salvas. Además de la salvación, el apóstol les enseñó que vendría sobre ellos el Espíritu Santo. No solo eran libres del juicio de Dios, sino que además recibirían un regalo especial, la permanente presencia de Dios en sus vidas en la tercera persona de la Trinidad: *"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre"* (Jn. 14:16). Él les traería consuelo, los capacitaría y los guiaría hacia toda verdad.



El don o regalo del Espíritu Santo también nos da la garantía de que un día estaremos en la presencia del Señor y recibiremos la vida eterna: *“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”* (Ef. 1:13-14); *“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman”* (Stg. 1:12).

Para ver todo nuestro contenido visítenos en:

<https://www.llamadaweb.org/>

Le recomendamos conocer nuestra literatura disponible:

<https://www.llamadaweb.org/tienda/>

¡Síguenos en nuestras redes sociales!

